

LA POBREZA COMO IDEOLOGÍA

Ponemos en contraste la opinión de dos articulistas calificados por el presidente de la república. A uno, Jorge Zepeda Patterson, lo calificó como buen periodista porque apoya a la autollamada cuarta transformación. Al otro, a Jesús Silva-Herzog Márquez, lo ubicó como miembro de la prensa y la intelectualidad conservadora.



JORGE ZEPEDA PATTERSON LA PELIGROSA ROMANTIZACIÓN DE LA POBREZA

Aun coincidiendo con muchos de los anhelos de cambio que abriga Andrés Manuel López Obrador, francamente cuesta trabajo coincidir con él en su embate en contra de las clases medias simplemente porque votaron en su contra en la Ciudad de México.

Decir que estos sectores fueron engañados por la propaganda es utilizar justamente la misma argumentación falaz que esgrimen sus adversarios, al explicar los motivos por los que el 60% de la población aprueba la gestión del Presidente: “Han sido embaucados”.

Es muy fácil ser “demócrata” cuando por definición los que no están conmigo carecen de razones y simplemente han sido manipulados, así sean las mayorías. Aquí se ha dicho que la oposición no podrá constituirse en una verdadera alternativa al obradorismo mientras siga creyendo que sólo le basta “desenmascarar” a AMLO y mostrar a los sectores populares los desaciertos de su Gobierno o la inconsistencia de sus ideas. Lo cual es absurdo, porque no hay ningún misterio en las razones por las cuales los que menos tienen apoyan a un Presidente que intenta hacer algo por la pobreza, la injusticia social y la desigualdad. PAN y PRI están condenados a fracasar entre estos sectores, en tanto no sean capaces de construir propuestas viables y convincentes de cara a estos problemas y entiendan que el apoyo al obradorismo de parte de las mayorías empobrecidas es absolutamente congruente con lo que está haciendo y diciendo el Presidente y ellos no.

Y en tanto se tenga mal el diagnóstico, los intentos de solución no podrán ser exitosos. Lo mismo vale para la Ciudad de México, en sentido opuesto. Sea por diseño político o por inclinación personal, el Presidente decidió priorizar a tal punto la lucha contra la pobreza que optó por dejar de lado otras reivindicaciones progresistas. Pero lo que parecía una decisión táctica, terminó convirtiéndose en una posición ideológica; en algún momento comenzó a desdeñar las otras banderas e incluso a enfrentarse a ellas. Algo inexplicable, porque en la luna de miel que se había extendido 25 años entre los sectores medios de la capital y el movimiento político que hoy encabeza López Obrador, estaban emparentadas agendas de justicia social con las del movimiento feminista y diversidad sexual, temas de medio ambiente, acceso y difusión de la cultura, activismo por los derechos humanos y un largo etcétera.

En todos estos aspectos, la Ciudad de México fue punta de lanza para el resto del País al mismo tiempo que se convirtió en bastión político de la izquierda representada por el PRD primero y por Morena después. Podría explicarse que las políticas públicas de la 4T se concentren en la más urgente de las necesidades, pero el abandono presupuestal sistemático de todas las demás y luego la confrontación explícita por parte del Presidente, provocaron una ruptura absurda en esa alianza implícita. Y lo que vale para la oposición es aplicable ahora a Palacio Nacional: Asumir que no hay razones para el voto en contra y creer que obedece exclusivamente a la manipulación, es errar el diagnóstico y, por ende, cualquier posibilidad de solución.

Esta explicación del Presidente tiene algo de reacción anímica y mental a lo que probablemente interpreta como una puñalada por la espalda de parte de sectores que consideraba leales. Pero más me preocupa que esta descalificación a los sectores medios vaya acompañada de expresiones que mistifican la pobreza, como si sólo en ese estado se es sabio y justo.

Hay un atisbo peligrosamente milenarista, anti intelectual y rural. El viernes pasado señaló que es en la ciudad donde la gente se convierte en fácil presa de la propaganda y que los que tienen licenciatura e incluso doctorados, seguramente lectores de

Reforma, suelen tener “actitudes aspiracionistas, triunfar a toda costa, salir adelante, muy egoísta”.

Quisiera pensar que son palabras improvisadas llevadas por la molestia y la irritación y no un manifiesto de su visión del mundo. Tomadas literalmente afirmarían no sólo que los sectores medios fueron engañados, sino que hay algo intrínsecamente deshonesto en pertenecer a la clase media, en tener títulos universitarios o en poseer aspiraciones para mejorar la situación propia y de la familia.

Siempre habíamos creído que la desigualdad social se combatía mejorando la situación de los que menos tienen; o que una sociedad más igualitaria sería aquella en la que hubiera más sectores medios y menos ciudadanos en los extremos de la opulencia y de la miseria.

Cuesta trabajo creer que el Presidente quisiera justo lo contrario, que los que tienen un poco más dejen de tenerlo para así convertirse en mejores personas. Y sin embargo, eso es lo que se deriva de sus extrañas explicaciones.

Ojalá que se trate de un planteamiento desafortunado, en el intento de justificar un fenómeno, el sufragio adverso de los sectores progresistas que antes votaban a su favor; algo que debería llevar a la reflexión y a la autocrítica, y no a esta absurda defensa.

El obradorismo no debería estar confrontado con los sectores medios progresistas que también desean una sociedad más justa. Hay mucho que reparar y puentes que reconstruir. No es un buen comienzo acusarlos de ser peleles de la propaganda o reclamarles por el hecho de no vivir en la miseria. El amor a los pobres no debería confundirse con el amor a la pobreza, no si es que queremos salir de ella.

JESÚS SILVA HERZOG MÁRQUEZ
EL PECADO DEL ASPIRACIONISMO.

El príncipe del infierno neoliberal ha ensartado la apetencia de prosperidad en las almas débiles de la clase media. Nos lo informó el Presidente en una de sus homilias más recientes.

Le preocupa, por supuesto, nuestra paz espiritual y por ello fustiga, para ejemplo de la nación, a quienes han caído en la trampa de las posesiones y los estudios. Los descastados que no son ni ricos ni pobres han sido corroídos por el veneno de la ambición.

Encandilados con la esperanza de un patrimonio, se apartan del verdadero camino. Por eso nuestro amado guía nos apremia a resistir la tentación del estudio que nos aleja de la raíz, de la riqueza que nos convierte en egoístas, del conocimiento que nos

hace dudar de su infinita magnificencia. Para el nuevo credo, el aspirantismo es el peor de los pecados porque es pueblo que reniega de ser pueblo.

Idolatría: dejar de reverenciar a la única divinidad y adorar falsas imágenes. Distraerse en la pequeñez de la colegiatura, ilusionarse con un cambio de casa son formas de la apostasía: abandonar la verdadera religión para esclavizarse a las mensualidades de una tarjeta de crédito. Entregarle el alma al diablo. Miserables clasemedieros que se esfuerzan por darle educación superior a sus hijos, que quieren cambiar el coche el año siguiente y que planean vacaciones para navidad.

El pecado que enfurece al Presidente es una degeneración moral propia de la clase media. Una expresión de su deslealtad o, más bien, de su soberbia. Aspiracionista es quien se atreve a desear lo que no hereda. Aspiracionista es, por eso, quien comete el pecado de actuar como individuo, quien no acepta su origen como mandamiento. Una poderosa insumisión solitaria.

El pecador que recibe la condena presidencial es una persona que se rebela. Es un individuo y es, por eso mismo, caprichoso. Cambia de parecer, muda de simpatías, apoya un día y da la espalda al día siguiente. Ahí está el demonio que combate con furia el hombre del palacio: el individuo. En su nostalgia comunitarista, la energía individual no solamente es egoísta: es perniciosa.

El mensaje es claro: el individuo, condición indispensable de la ciudadanía, es una categoría que el Presidente detesta. La palabra misma no aparece en su vocabulario porque se emplea siempre, como "individualismo", su derivación como un escarnio que se emplea como si fuera un sinónimo de egoísmo. La ignorancia y la pobreza son la única ruta de la felicidad, decía Rousseau.

El romántico que nos gobierna no pierde oportunidad para recomendarnos el mismo camino. Está convencido de que el aguante es el temple moral del pueblo. Si para el Presidente el trapiche es el símbolo de la economía popular, la resignación es expresión del civismo profundo.

Ser parte de la comunidad es aceptar el infortunio, es ser tolerante a las desgracias que impone la vida. Ser ciudadano en tiempos de la "transformación" es no quejarse más que del pasado.

Los males solamente pueden provenir del neoliberalismo y de los gobiernos anteriores, no pueden surgir del gobierno actual ni de sus principales representantes. La ciudadanía es resignación ante la tragedia: sufrir en silencio y no dudar jamás del benefactor que nos cuida.

Los más pobres son sabios porque saben que las desgracias suceden, dijo el Presidente hace unos días. No se refería, por supuesto, a una catástrofe natural. Hablaba del Metro de la capital que se desplomó matando a 26 personas.

El Presidente asume que los humildes aceptan que la criminal ambición del gobierno de Marcelo Ebrard y la negligencia de sus sucesores ha de ser nuestro valle de

lágrimas. Si alguien se indigna por la muerte de una hija, si alguien enfurece por la destrucción de su familia caería en el pecado del aspirantismo. Exigir justicia sería demandar que exista la ley que nunca ha regido.

A decir verdad, el sermón presidencial no parece esperanzador. El Presidente reconoce que es difícil expiar el aspirantismo. Por eso al predicador se le ve contrariado. No encuentra el rezo para la salvación de la clase media y su retorno a la verdadera religión.

Si ha entrado en contacto con el vicio, advierte el Presidente, el alma se ha contaminado irremediablemente. Si alguien lee el Reforma, habrá que perder toda esperanza.